

Notas Preliminares

Susan M. Socolow
Emory University

Las historias del comercio y de los comerciantes son campos que cuentan con una amplia bibliografía. Al revisar esta bibliografía se hace obvio que el interés en el tema comenzó con los estudios sobre el movimiento de mercancías y moneda. Entre los primeros trabajos sobre el comercio en América Latina se encuentra el libro de Ricardo Levene *Política económica de España en América y la revolución de 1810* publicado en 1914. Solamente en la década de 1960 comenzó el interés de los historiadores por la vida de las personas que ejercían el comercio. Hoy día existe una abundancia de artículos y libros sobre el comercio y/o los comerciantes de casi todas las regiones y países del mundo. Aunque hay algunos casos en los que los historiadores combinan el estudio del comercio con una investigación sobre el rol social de las personas que lo ejercían, el primero pertenece a la historia económica mientras que el segundo forma parte de la historia social.

En cuanto a la historia de América Latina, los historiadores de España, Portugal y sus colonias americanas tradicionalmente consideraban que solamente los grandes propietarios de la tierra tenían poder social y económico. Dentro de esas sociedades. James Lockhart fue el primero en examinar a los comerciantes como un grupo social en un capítulo de su libro *Spanish Peru, 1532-1560: A Social History*. El libro de Susan Socolow basado en información sobre casi 200 comerciantes residentes en el puerto de Buenos Aires profundizó este tipo de estudio, añadiendo detalles sobre sus estrategias matrimoniales, su descendencia, su actuación política en el Cabildo y el Consulado y su rol en entidades religiosas como las hermandades.

Los trabajos de los últimos años nos muestran que, a pesar de las leyes y los deseos de los hombres de estado, el comercio nunca siguió las fronteras imperiales o nacionales.

En el caso concreto del Río de la Plata una variante del comercio, el contrabando en sus diferentes formas, estuvo presente desde casi el principio de la existencia de la colonia. Los trabajos ya clásicos de Zacarias Moutoukias, por ejemplo, indican la fuerte presencia de los holandeses en el comercio de Buenos Aires desde mediados del siglo XVII.

Los trabajos que se presentan aquí constituyen nuevas contribuciones a la historia del comercio y de los comerciantes en el Río de la Plata virreinal.

A Fernando Jumar le interesa el comercio de Buenos Aires entre 1720 y 1778, es decir el periodo que termina con la creación del Virreinato del Río de la Plata y la habilitación del puerto de Buenos Aires al comercio libre con varios puertos de España y América. El autor subraya el hecho de que Buenos Aires, Montevideo,

Colonia del Sacramento y lugares como las Conchas, Maldonado y Ensenada de Barragán formaban un complejo portuario rioplatense a pesar de que Sacramento estaba en manos de los portugueses. Jumar encuentra cinco categorías de comerciantes que coloca en un continuum que comienza con los comerciantes visitantes, es decir comerciantes con sus negocios principales ubicados en otra ciudad, hasta los comerciantes completamente incorporados a la sociedad local, en general por medio del matrimonio con una porteña y por el hecho de tener hijos nacidos en Buenos Aires.

El trabajo presentado aquí es sobre todo un estudio de caso de Domingo de Basavilbaso, un gran comerciante de Buenos Aires de mediados del siglo XVIII. Jumar ha encontrado una riqueza de información sobre los negocios comerciales de Basavilbaso, así como también sobre la actuación de los hijos y yernos del poderoso comerciante, sobre las cuales nos brinda detalles sustanciales. En el caso de Basavilbaso, lo más interesante es que la mayoría sus descendientes buscaron puestos prestigiosos y bien remunerados en el gobierno y las jerarquías militares coloniales.

El artículo de José Ignacio Bozzo tiene una relación cercana con el trabajo de Jumar. Aunque Jumar no lo menciona, es posible que los descendientes de Basavilbaso hubieran estado interesados en conseguir un título de nobleza de la corona española. Sabemos que en los casos de la Ciudad de México y del Perú los comerciantes más ricos empezaron a comprar grandes extensiones de tierra que emplearon para conseguir títulos de nobleza en forma de mayorazgos que transmitieron a sus descendientes. La cuestión que plantea Bozzo es si ocurrió algo parecido en Buenos Aires. Bozzo encuentra un caso, el de Vicente de Azcuénaga, yerno de Basavilbaso e importante comerciante porteño, y su hijo Miguel, un comerciante que se convirtió más tarde en oficial del ejército. Azcuénaga intentó conseguir un mayorazgo pero no tuvo éxito. Sabemos que este comerciante Azcuénaga decidió desistir de su pedido antes de recibir la decisión final. Bozzo nos sugiere que esto fue resultado de problemas con su hijo, pero también es posible que se hubiese dado cuenta de que no le iba muy bien y decidió dejar un pedido que le era muy costoso. Hay que señalar que el caso de Azcuénaga es el único de su tipo entre los comerciantes de Buenos Aires a lo largo de todo el siglo XVIII.

Aunque el título es un poco impreciso, el artículo de Elsa Caula es un buen examen de las extensas redes de vasco-navarros y los cambios comerciales que ocurrieron durante los años 1790, resultado de las guerras europeas y de la necesidad de abrir el sistema supuestamente cerrado de la corona española al mundo entero.

Caula se concentra en el caso de Belaustegui (y en menor medida en el de Álzaga) en su estudio de los matrimonios y los significativos cambios en las rutas de comercio durante la década de 1790. Belaustegui contaba con una red muy grande de agentes y corresponsales en el interior del Virreinato, a la vez que manejaba

importantes conexiones con Potosí, Callao, Guayaquil y Oruro y con Angola y Bahía, dos puntos claves para el tráfico de esclavos. Su caso muestra claramente cómo las relaciones comerciales estaban basadas en lo que Caula llama una “trama de vínculos”, es decir conexiones superpuestas tales como el lugar de nacimiento, la amistad, y las experiencias compartidas en Cádiz y en ultramar. Otro vínculo importante que señala la autora es el parentesco constituido mediante el casamiento de un comerciante relativamente recién llegado con la hija de otro comerciante ya establecido.

Otra trabajo importante e interesante es el de Marcela Silvia Aguirrezabala que estudia el rol de la mujer porteña en el período entre 1778 y 1810. La autora encuentra la actuación de por lo menos unas 50 mujeres en transacciones mercantiles. Esta participación seguía el ritmo del comercio en general, con sus altibajos según las condiciones políticas y económicas. En 1785, por ejemplo, cinco mujeres que no habían participado antes en el comercio entraron en el comercio trans-Atlántico. Este aporte a la historia del comercio es tal vez el más novedoso del trabajo.

Más que el número de mujeres que participaban en el comercio, Aguirrezabala nos muestra cuáles eran los ramos donde ellas solían participar. Encuentra que había mujeres vinculadas a la exportación de frutos del país y a la importación de géneros. En general las mujeres participaban en el comercio de una variedad de productos, enviándolos en su nombre a Europa y al interior. También delinea las circunstancias que empujaban a las mujeres a entrar en el comercio. Entre ellas se destacan las viudas que continuaban los negocios comerciales de sus maridos fallecidos, mujeres casadas que entraban en transacciones comerciales cuando sus maridos se encontraban lejos de Buenos Aires, las mujeres que enviaban pequeños lotes de mercancías a sus parientes en España y las esposas de oficiales reales que también comerciaban productos fuera de la región.

El trabajo de Mariano Martín Schlez es un poco más ambiguo. Por un lado su aporte constituye un estudio detallado y bien investigado del faccionalismo creciente en el mundo de los comerciantes porteños que comienza en 1782 y continuará durante las siguientes tres décadas. Schlez documenta el cisma creciente dentro de la comunidad mercantil tanto como la competencia que empieza en 1791 con la apertura de los puertos de Buenos Aires y Montevideo y la llegada de comerciantes extranjeros. También destaca los comienzos de una ruptura entre los comerciantes y los hacendados, ruptura que contagia tanto al Consulado como al Cabildo.

Por otro lado, este es un estudio marxista de dos comerciantes que tuvieron un rol como defensores de la corona española en los últimos años del Virreinato. Schlez presenta a Diego de Agüero y Miguel Fernández de Agüero como conservadores y contrarrevolucionarios en el Buenos Aires colonial tardío. Pinta a los Agüeros como representantes de ‘la clase dominante’ que resiste el crecimiento ‘de la

burguesía' a la vez que intenta proteger el 'feudalismo'. El uso de las categorías marxistas no ayuda mucho en este caso, sobre todo cuando presenta a los comerciantes pro-españoles como miembros de una clase feudal pero a la vez necesaria para la construcción de una Argentina capitalista. No era raro que muchos de los comerciantes de Buenos Aires, hombres que llegaron a la ciudad desde España ya mayores, fueran pro-españoles. Lo que sí me parece impropio es concebir a los comerciantes como agentes feudales cuando el comercio es lo opuesto al concepto de feudalismo.

Dos de los trabajos de este dossier se refieren a comerciantes más allá de Buenos Aires. La contribución de Diana Durán es un estudio de los inmigrantes del norte de España que se instalaron en Paraguay durante el período colonial tardío. Durán muestra que este grupo comercial estaba compuesto de comerciantes y carpinteros de ribera que gracias a las reformas borbónicas se encontraron en una posición favorable sobre todo como resultado de un comercio creciente de azúcar, dulces, yerba mate, algodón y madera, del transporte fluvial no muy caro y también de una demanda de barcos que fueron empleados en el comercio fluvial y costero. Los comerciantes de Paraguay supieron aprovechar sus conexiones con los de Buenos Aires, lazos que fueron fortificados por sus orígenes, familias y amistades. Tan grande era el comercio de Buenos Aires con Asunción que los comerciantes porteños proveían el crédito a la vez que tenían representantes en Las Conchas para facilitar el movimiento de productos paraguayos.

Durán incluye información sobre los testamentos hallados en los registros de escribanía. En esas fuentes encontró que el grupo más grande de los testadores estaba formado por comerciantes nacidos en el norte de España (el País Vasco, Cantabria, Asturias) o en Andalucía, aunque había también algunos catalanes, gallegos, y castellanos. Para darnos una idea de los individuos más prósperos de la ciudad la autora presenta tres casos. El primero es un carpintero de ribera vasco, que aunque no sabía leer, era también comerciante. Poseía una casa, una chacra, y un obraje que contenía barcos, herramientas, madera y cuatro esclavos. El segundo caso es el de un comerciante soltero nacido en Zaragoza con tres hijas ilegítimas en Asunción. El último es un Comisario de Caballería, vasco, casado y dueño de una ferretería, una casa, una chacra y dos estancias que también comerciaba telas, sombreros y ropa en general.

El último trabajo, el de Cristina Mazzeo de Vivó, nos traslada fuera del Virreinato del Río de la Plata y también del período colonial. La historiadora examina los resultados que tuvieron los movimientos por la independencia sobre los comerciantes limeños. Mazzeo destaca el hecho de que la mayoría de los grandes comerciantes de Lima entre 1780 y 1830 estaban vinculados no solamente al comercio sino también a la provisión de dinero a la Corona en la forma de donativos y empréstitos durante los años de guerra. La mayoría de estos comerciantes no sobrevivieron a la independencia. Algunos comerciantes

españoles permanecieron en Lima después del fin del régimen colonial, pero desde 1821 su lugar central en la economía local comenzó a ser desplazado por comerciantes extranjeros.

Mazzeo destaca seis comerciantes no-peruanos (un argentino, un chileno, 2 latinoamericanos no especificados, un inglés y un alemán) que tuvieron un rol importante en las primeras décadas independientes. Lo más interesante es la multiplicidad de intereses de este grupo. Entre ellos se destaca la inversión en la minería, una actividad económica de poco interés para los comerciantes tradicionales limeños. Aunque algunos tenían más éxito que otros, todos establecieron amplios vínculos dentro del continente y en ultramar. Llegaron a ser el sostén más importante de los gobiernos post-coloniales y en algunos casos, después de 1840, sobresalieron como importantes exportadores de guano.

¿Ahora bien, que más queda por investigar? Antes de comenzar con una lista de posibles rumbos a seguir, debo decir que creo que en general los historiadores somos capaces de indagar los tiempos pasados pero somos a la vez muy débiles para predecir que pasará en el futuro. Lo único que puedo aconsejar es lo que yo haría si fuera una historiadora en los comienzos de mi carrera. Primero, creo que sería muy interesante seguir investigando el tema de los comerciantes y el comercio en ambos extremos del espectro cronológico, es decir estudiarlos antes del siglo XVIII y durante las primeras décadas del siglo XIX. También me sería muy grato ver más estudios sobre el rol de la mujer en el comercio rioplatense, ampliando el período estudiado y tal vez buscando información sobre sus edades, situación económica, educación y situación familiar. Las redes de los principales comerciantes es otro tema que podría ser productivo, sobre todo si se estudia no solamente las conexiones entre los que están en Buenos Aires, sino también sus contactos dentro de todo “el complejo portuario rioplatense” mencionado por Jumar, con el interior y con Europa. Sería importante ver si estas redes van cambiando con el tiempo. Finalmente, y tal vez lo más interesante pero también lo más difícil de investigar, sería encarar un estudio de los comerciantes que fracasaron señalando las múltiples razones que llevaron a esos fracasos.